

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa del Departamento de Extensión Cultural de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo, junto con el Departamento de Publicaciones de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que durante los próximos 6 números continuarán distribuyéndose como obsequio para los suscriptores de la revista *El Malpensante*.

El número 11 de esta colección es una *Antología poética* de JOSÉ ASUNCIÓN SILVA, preparada por CLARA MERCEDES ARANGO especialmente para esta colección.



N.º II

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

ANTOLOGÍA POÉTICA

**UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL-PERIODISMO**

2005

ISBN 958-616-

© JOSÉ ASUNCIÓN SILVA, 2005

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2005

Derechos exclusivos de publicación y distribución de la obra

Calle 12 n.º 1-17 Este, Bogotá, Colombia. Fax 342 4948.

www.uexternado.edu.co

Primera edición: febrero de 2005

Ilustración de carátula: ADALBERTO CAMPEROS (artista plástico)

Diseño de carátula: Departamento de Publicaciones

Fotomecánica, impresión y encuadernación: PANAMERICANA,

formas e impresos, con un tiraje de 13.500 ejemplares

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Fernando Hinestrosa
Rector

Hernando Parra
Secretario General

Miguel Méndez Camacho
Decano de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo

Clara Mercedes Arango
Directora de Extensión Cultural

CONTENIDO

Nocturno	9
Día de difuntos	13
Un poema	21
A ti	24
Muertos	25
Al oído del lector	27
Poeta, di paso	28
Infancia	30
¿Recuerdas?	34
Madrigal	39
El mal del siglo	40
Vejece	41
Triste	44
A veces cuando en alta noche	46
Ars	48
La ventana	49
Midnight dreams	54
Estrellas fijas	56
Los maderos de San Juan	57
El alma de la rosa	60
Ronda	62
Crepúsculo	65
Nocturno	67
EL AUTOR	69

NOCTURNO

Una noche,
una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de
música de alas,
una noche,
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda, las luciérnagas
[fantásticas,
a mi lado, lentamente, contra mí ceñida, toda,
muda y pálida
como si un pensamiento de amarguras infinitas,
hasta el fondo más secreto de tus fibras te agitara,
por la senda que atraviesa la llanura florecida
caminabas,
y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz
blanca,
y tu sombra,
fina y lánguida,
y mi sombra

por los rayos de la luna proyectada,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban

y eran una

y eran una

¡y eran una sola sombra larga!

¡y eran una sola sombra larga!

¡y eran una sola sombra larga!

Esta noche

solo, el alma

llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
separado de ti misma, por la sombra, por el tiempo y la

distancia

por el infinito negro,

donde nuestra voz no alcanza,

solo y mudo

por la senda caminaba,

y se oían los ladridos de los perros a la luna,

a la luna pálida

y el chillido
de las ranas...

Sentí frío; ¡era el frío que tenían en la alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
entre las blancuras níveas
de las mortuorias sábanas!

Era el frío del sepulcro, era el frío de la muerte,
era el frío de la nada...

Y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola
iba sola

¡iba sola por la estepa solitaria!

Y tu sombra esbelta y ágil,
fina y lánguida,

como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de perfumes, de murmullos y de músicas
[de alas,

se acercó y marchó con ella,

se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!

¡Oh las sombras que se buscan y se juntan en las noches de
negruras

[y de lágrimas!...

DÍA DE DIFUNTOS

La luz vaga... opaco el día,
La llovizna cae y moja
con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría.
Por el aire tenebroso ignorada mano arroja
un oscuro velo opaco de letal melancolía,
y no hay nadie que, en lo íntimo, no se aquiete y se recoja
al mirar las nieblas grises de la atmósfera sombría,
y al oír en las alturas
melancolías y oscuras
los acentos dejativos
y tristísimos e inciertos
con que suenan las campanas,
¡las campanas plañideras que les hablan a los vivos
de los muertos!

¡Y hay algo angustioso e incierto
que mezcla a ese sonido su sonido
e inarmónico vibra en el concierto

que alzan los bronces al tocar a muerto
por todos los que han sido!
Es la voz de una campana
que va marcando la hora,
hoy los mismo que mañana,
rítmica, igual y sonora;
una campana se queja,
y la otra campana llora,
esa tiene voz de vieja,
esta de niña que ora.

Las campanas más grandes, que dan un doble recio
suenan con un acento de místico desprecio,
mas la campana que da la hora,
ríe, no llora.

Tiene es su timbre seco sutiles ironías,
su voz parece que habla de goces, de alegrías,
de placeres, de citas, de fiestas y de bailes,
de las preocupaciones que llenan nuestros días:

es una voz del siglo entre un coro de frailes,
y con sus notas se ríe,
escéptica y burladora,
de la campana que ruega
de la campana que implora
y de cuanto aquel coro conmemora,
y es porque con su retintín
ella midió el dolor humanos
y marco del dolor el fin;
por eso ríe del grave esquilón
que suena allá arriba con fúnebre son,
por eso interrumpe los tristes conciertos
con que el bronce santo llora por los muertos...
¡No la oigáis, oh bronces! No la oigáis, campanas,
que con la voz grave de ese clamoreo,
rogáis por los seres que duermen ahora
lejos de la vida, libres del deseo,
lejos de las rudas batallas humanas!
¡Seguid en el aire vuestro bamboleo,

no la oigáis, campanas!
¿Contra lo imposible qué puede el deseo?
Allá arriba suena,
rítmica y serena,
esa voz de oro
y sin que lo impidan sus graves hermanas
que rezan en coro,
la campana del reloj
suena, suena, suena ahora,
y dice que ella marcó
con su vibración sonora
de los olvidos la hora,
que después de la velada
que pasó cada difunto,
en una sala enlutada
y con la familia junto
en dolorosa actitud
mientras la luz de los cirios
alumbraba el ataúd
y las coronas de los lirios;

que después de la tristura
de los gritos de dolor,
de las frases de amargura,
del llanto desgarrador,
marcó ella misma el momento
en que con la languidez
del luto huyó el pensamiento
del muerto, y el sentimiento...
Seis meses más tarde o diez...
Y hoy, día de muertos, ahora que flota,
en las nieblas grises la melancolía,
en que la llovizna cae, gota a gota,
y con sus tristezas los nervios emboba,
y envuelve en un manto la ciudad sombría,
ella que ha medido la hora y el día
en que a cada casa, lúgubre y vacía,
tras del luto breve volvió la alegría;
ella que ha marcado la hora del baile
en que al año justo, un vestido aéreo
estrena la niña, cuya madre duerme

olvidada y sola en el cementerio,
suena indiferente a la voz de fraile
del esquilón grave y a su canto serio;
ella que ha medido la hora precisa,
en que a cada boca, que el dolor sellaba,
como por encanto volvió la sonrisa,
esa precursora de la carcajada;
ella que ha marcado la hora en que el viudo
habló de suicidio y pidió el arsénico,
cuando aun en la alcoba, recién perfumada,
flotaba el aroma del ácido fénico
y ha marcado luego la hora en que, mudo
por las emociones con que el goce agobia,
para que lo unieran con sagrado nudo,
a la misma iglesia fue con otra novia;
¡ella no comprende nada del misterio
de aquellas quejumbres que pueblan el aire,
y lo ve en la vida todo jocosero
y sigue marcando con el mismo modo
el mismo entusiasmo y el mismo desgaire

la huída del tiempo que lo borra todo!
y eso es lo angustioso y lo incierto
que flora en el sonido,
¡esa es la nota irónica que vibra en el concierto
que alzan los bronces al tocar a muerto
por todos los que han sido!
Esa es la voz fina y sutil,
de vibraciones de cristal,
que con acento juvenil
indiferente al bien y al mal,
mide lo mismo la hora vil,
que la sublime o la fatal
y resuena en las alturas,
melancólicas y oscuras,
sin tener en su tañido
claro, rítmico y sonoro,
los acentos dejativos
y tristísimos e inciertos
de aquel misterioso coro,

con que ruegan las campanas, las campanas,
las campanas plañideras
que les hablan a los vivos
de los muertos!

UN POEMA

Soñaba en ese entonces en forjar un poema,
de arte nervioso y nuevo, obra audaz y suprema.

Escogí entre un asunto grotesco y otro trágico,
llamé a todos los ritmos con un conjuro mágico

y los ritmos indóciles vinieron acercándose,
juntándose en las sombras, huyéndose y buscándose,

ritmos sonoros, ritmos potentes, ritmos graves,
unos cual choques de armas, otros cual cantos de aves,

de oriente hasta occidente, desde el sur hasta el norte
de metros y de formas se presentó la corte.

Tascando frenos áureos bajo las riendas frágiles
cruzaron los tercetos, como corceles ágiles;

abriéndose ancho paso por entre aquella grey
vestido de oro y púrpura llegó el soneto rey,

y allí cantaron todos... Entre la algarabía
me fascinó el espíritu, por su coquetería,

alguna estrofa aguda que excitó mi deseo,
con el retintín claro de su campanilleo.

Y la escogí entre todas... por regalo nupcial
le di unas rimas ricas, de plata y de cristal.

En ella conté un cuento, que huyendo lo servil
tomó un carácter trágico, fantástico y sutil:

era la historia triste, desprestigiada y cierta
de una mujer hermosa, idolatrada y muerta;

y para que sintieran la amargura, exprofeso
junté sílabas dulces como el sabor de un beso;

bordé las frases de oro, les di música extraña
como de mandolinas que un laúd acompaña;

dejé en una luz vaga las hondas lejanías
llenas de nieblas húmedas y de melancolías;

y por el fondo oscuro, como en mundana fiesta,
cruzan ágiles máscaras al compás de la orquesta,

envueltas en palabras que ocultan como un velo,
y con caretas negras de raso y terciopelo,

cruzar hice en el fondo las vagas sugerencias
de sentimientos místicos y humanas tentaciones...

Complacido en mis versos, con orgullo de artista,
les di olor de heliotropos y color de amatista...

Le mostré mi poema a un crítico estupendo...
y lo leyó seis veces y me dijo... ¡No entiendo!

A TI

Tú no lo sabes, mas yo he soñado
entre mis sueños color de armiño,
horas de dicha con tus amores,
besos ardientes, quedos suspiros
cuando la tarde tiñe de oro
esos espacios que juntos vimos,
cuando mi alma su vuelo emprende
a las regiones de lo infinito.

MUERTOS

En los húmedos bosques, en otoño,
al llegar de los fríos, cuando rojas,
vuelan sobre los musgos y las ramas,
en torbellinos, las marchitas hojas,
la niebla al extenderse en el vacío
le da al paisaje mustio un tono incierto,
y el follaje do huyó la savia ardiente
tiene un adiós para el verano muerto
y un color opaco y triste
como el recuerdo borroso
de lo que fue y ya no existe.

En los antiguos cuartos hay armarios
que el rincón más íntimo y discreto,
de pasadas locuras y pasiones
guardan, con un aroma de secreto,
viejas cartas de amor, ya desteñidas,
que obligan a evocar tiempos mejores,

y ramilletes negros y marchitos,
que son como cadáveres de flores
y tienen un olor triste
como el recuerdo borroso
de lo que fue y ya no existe.

Y en las almas amantes cuando piensan
en perdidos afectos y ternuras
que de la soledad de ignotos días
no vendrán a endulzar horas futuras,
hay el hondo cansancio que en la lucha,
acaba de matar a los heridos,
vago como el color del bosque mustio
Como el olor de los perfumes idos,
y el cansancio aquél es triste
como el recuerdo borroso
de lo que fue y ya no existe.

AL OÍDO DEL LECTOR

De El libro de versos

No fue pasión aquello,
fue una ternura vaga...
La que inspiran los niños enfermizos,
los tiempos idos y las noches pálidas.

El espíritu sólo
al conmoveirse canta:
cuando el amor lo agita poderoso
tiembla, medita, se recoge y calla.

Pasión hubiera sido
en verdad; estas páginas
en otro tiempo más feliz escritas,
no tuvieran estrofas sino lágrimas.

POETA, DI PASO

¡Poeta, di paso
los furtivos besos!...

¡La sombra! ¡Los recuerdos! La luna no vertía
allí ni un solo rayo... Temblabas y eras mía.
Temblabas y eras mía bajo el follaje espeso;
una errante luciérnaga alumbró nuestro beso,
el contacto furtivo de tus labios de seda...
La selva negra y mística fue la alcoba sombría...
En aquel sitio el musgo tiene olor de reseda...
Filtró luz por las ramas cual si llegara el día...
Entre las nieblas pálidas la luna aparecía...

¡Poeta, di paso
los íntimos besos!

¡Ah, de las noches dulces me acuerdo todavía!
En señorial alcoba, do la tapicería

amortiguaba el ruido con sus hilos espesos,
desnuda tú en mis brazos fueron míos tus besos;
tu cuerpo de veinte años entre la roja seda,
tus cabellos dorados y tu melancolía,
tus frescuras de virgen y tu olor de reseda...
apenas alumbraba la lámpara sombría
los desteñidos hilos de la tapicería.

¡Poeta, di paso
el último beso!

¡Ah, de la noche trágica me acuerdo todavía!
El ataúd heráldico en el salón yacía,
¡mi oído fatigado por vigiliass y excesos,
sintió como a distancia los monótonos rezos!
Tú, mustia, yerta y pálida entre la negra seda,
la llama de los cirios temblaba y se movía,
perfumaba la atmósfera un olor de reseda,
un crucifijo pálido los brazos extendía
¡y estaba helada y cárdena tu boca que fue mía!

INFANCIA

*Esos recuerdos con olor de helecho
son el idilio de la edad primera*
G. G. G.

Con el recuerdo vago de las cosas
que embellecen el tiempo y la distancia,
retornan a las almas cariñosas,
cual bandada de blancas mariposas,
los plácidos recuerdos de la infancia.

¡Caperucita, Barba Azul, pequeños
liliputienses; Gulliver gigante
que flotáis en las brumas de los sueños,
aquí tended las alas,
que yo con alegría
llamaré para haceros compañía
al Ratoncito Pérez y a Urdimalas!

¡Edad feliz! Seguir con vivos ojos
donde la idea brilla,
de la maestra la cansada mano,
sobre los grandes caracteres rojos
de la rota cartilla,
donde el esbozo de un bosquejo vago,
fruto de instantes de infantil despecho,
las separadas letras juntas puso
bajo la sombra de impasible techo.

En alas de la brisa
del luminoso agosto, blanca, inquieta
a la región de las errantes nubes
hacer que se levante la cometa
en húmeda mañana;
con el vestido nuevo hecho jirones,
en las ramas gomosas del cerezo
el nido sorprender de copetones;
escuchar de la abuela
las sencillas historias peregrinas;

perseguir las errantes golondrinas
abandonar la escuela
y organizar horrísona batalla
en donde hacen las piedras de metralla
y el ajado pañuelo de bandera;
componer el pesebre
de los silos del monte levantados;
tras el largo paseo bullicioso
traer la grama leve,
los corales, le musgo codiciado.

Y en extraños paisajes peregrinos
y perspectivas nunca imaginadas,
hacer de áureas arenas los caminos
y de talco brillante las cascadas.

Los reyes colocar en la colina,
y colgada del techo
la estrella que sus pasos encamina,

y en el postal el Niño-Dios riente
sobe mullido lecho
de musgo gris y verdecino helecho.

¡Alma blanca, mejillas sonrosadas,
cutis de níveo armiño,
cabellera de oro,
ojos vivos de plácidas miradas,
cuán bello hacéis al inocente niño!

Infancia, valle ameno,
de calma y de frescura bendecida
donde es suave el rayo
del sol que abrasa el resto de la vida.
¡Cómo es de santa tu inocencia pura,
cómo tus breves dichas transitorias,
cómo es de dulce en horas de amargura
dirigir al pasado la mirada
y evocar tus memorias!

¿RECUERDAS?

¿Recuerdas?... Tú no recuerdas
Aquellas tardes tranquilas
En que en la vereda angosta
Que conduce a tu casita
Plegaban a tu contacto
Sus hojas las sensitivas
Como al poder misterioso
Del amor tu alma de niña...
En la oscuridad pasaban
Las luciérnagas cual chispas
Que bajo la yerba espesa
Nuestros dedos perseguían
¡Así también en las horas
De mis años de desdicha
Cruzaban por entre sombras
Mis esperanzas perdidas!...

¿Recuerdas?... Tú no recuerdas
La cruz de mayo que hicimos
Con violetas silvestres
Y con sonrosados lirios
Bajo el frondoso ramaje
De tu árbol favorito.
Como una lluvia de perlas
Sobre el blanco raso níveo
Brillaba por los (...)¹
En las hojas el rocío!
Y los pájaros cantores
Hicieron cerca sus nidos...
Después pasé una mañana
Y vi tu ramo marchito
Como mi pasión ardiente
Por tu infamia y tus desvíos.

¿Recuerdas?... Tú no recuerdas
Más de esa noche amorosa,
La lumbre de tus pupilas,

El aliento de tu boca
Entreabierto y perfumada
Como un botón de magnolia,
Los murmullos argentinos
Del agua bajo las frondas,
El brillo de las estrellas
Y las esencias ignotas
Que derramaron los genios
En las brisas cariñosas,
Quedaron como una huella
Que el tiempo aleve no borra
¡ay! para toda la vida
¡Escritas en mi memoria!

¿Recuerdas?... Tú no recuerdas
Pero yo, cuando levanta
El crepúsculo sombrío
Del fondo de las cañadas
Y las tristezas inmensas
De lo profundo del alma

Al pasado fugitivo
Tiendo la vista cansada
Y nuestra historia de amores
Hacia mí tiende las alas.

¡Cuando en las horas nocturnas
Cabe el esposo que te ama
Tu agitado pensamiento
Tenga segundos de calma
De aquella pasión extinta
¡Jamás te acuerdes, ingrata!

¿Recuerdas?... Tú no recuerdas
La tarde aquella en que juntos
Bajamos de la colina,
Tus grandes ojos oscuros
Se anegaban en los rayos
Sonrosados del crepúsculo
Y tu voz trémula y triste
Como un lejano murmullo

Me hablaba de los temores
De tu cuerpo moribundo!
Si hubieras entonces muerto
Cómo amara tu sepulcro
Ahora, cuando te veo
Feliz gozar de tus triunfos
Tan sólo asoma a mis labios
Una sonrisa de orgullo!

MADRIGAL

Tu tez rosada y pura, tus formas gráciles,
de estatua de Tanagra, tu olor de lilas,
el carmín de tu boca, de labios tersos;
las miradas ardientes de tus pupilas,
el ritmo de tu paso, tu voz velada,
tus cabellos que suelen, si los despeina
tu mano blanca y fina toda hoyuelada,
cubrirte como un rico manto de reina;
tu voz, tus ademanes, tu... no te asombre:
todo eso está, y a gritos, pidiendo un hombre.

EL MAL DEL SIGLO

El Paciente:

– Doctor, un desaliento de la vida
que en lo íntimo de mí se arraiga y nace:
el mal del siglo... el mismo mal de Werther,
de Rolla, de Manfredo y de Loepardi.
Un cansancio de todo, un absoluto
desprecio por lo humano...; un incesante
renegar de lo vil de la existencia,
digno de mi maestro Schopenhauer;
un malestar profundo que se aumenta
con todas las torturas del análisis...

El Médico:

– Eso es cuestión de régimen: camine
de mañanita; duerma largo; báñese;
beba bien; coma bien; cuídese mucho:
¡lo que usted tiene es hambre!...

VEJECES

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
sin voz y sin color, saben secretos
de las épocas muertas, de las vidas
que ya nadie conserva en la memoria,
y a veces a los hombres, cuando inquietos
las miran y las palpan, con extrañas
voces de agonizante, dicen, paso,
casi al oído, alguna rara historia
que tiene oscuridad de telarañas,
son de laúd y suavidad de raso.

¡Colores de anticuada miniatura,
hoy, de algún mueble en el cajón, dormida;
cincelado puñal; carta borrosa;
tabla en que se deshace la pintura
por el tiempo y el polvo ennegrecida;
histórico blasón, donde se pierde
la divisa latina, presuntuosa,

medio borrada por el liquen verde;
misales de las viejas sacristías;
de otros siglos fantásticos espejos
que en el azogue de las lunas frías
guardáis de lo pasado los reflejos;
arca, en un tiempo de ducados llena;
crucifijo que tanto moribundo,
humedeció con lágrimas de pena
y besó con amor grave y profundo;
negro sillón de Córdoba; alacena
que guardaba un tesoro peregrino
y donde anida la polilla sola;
sortija que adornaste el dedo fino
de algún hidalgo espadín y gola;
mayúsculas del viejo pergamino;
batista tenue que a vainilla hueles;
seda que te deshaces en la trama
confusa de los ricos brocateles;
arpa olvidada que al sonar, te quejas;
barrotes que formáis un monograma

incomprensible en las antiguas rejas;
el vulgo os huye, el soñador os ama
y en vuestra muda sociedad reclama
las confidencias de las cosas viejas!

El pasado perfuma los ensueños
con esencias fantásticas y añejas
y nos lleva a lugares halagüeños
en épocas distantes y mejores;
¡por eso a los poetas soñadores,
les son dulce, gratísimas y caras,
las crónicas, historias y consejas,
las formas, los estilos, los colores,
las sugerencias místicas y raras
y los perfumes de las cosas viejas!

TRISTE

Cuando al quererlo la suerte
se mezclan a nuestras vidas,
de la ausencia o de la muerte,
las penas desconocidas,

y, envueltos en el misterio
van, con rapidez que asombra,
amigos al cementerio,
ilusiones a la sombra,

la intensa voz de ternura
que vibra en el alma amante,
como entre la noche oscura
una campana distante,

saca recuerdos perdidos
de angustias y desengaños

que tienen ocultos nidos
en las ruinas de los años,

y que al cruzar aleteando
por el espacio sombrío
van en el ser derramando
sueños de angustia y de frío

hasta que alguna lejana
idea consoladora,
que irradia en el alma humana
como un lumbre de aurora,

en su lenguaje difuso
entabla con nuestros duelos
el gran diálogo confuso
de las tumbas y los cielos.

A VECES CUANDO EN ALTA NOCHE

A veces, cuando en alta noche tranquila,
sobre las teclas vuela tu mano blanca,
como una mariposa sobre una lila
y al teclado sonoro notas arranca,
cruzando del espacio la negra sombra
filtran por la ventana rayos de luna,
que trazan luces largas sobre la alfombra,
y en alas de las notas a otros lugares
vuelan mis pensamientos, cruzan los mares
y en gótico castillo donde en las piedras
musgosas por los siglos crecen las yedras,
puestos de codos ambos en tu ventana
miramos en las sombras morir el día
y subir de los valles la noche umbría,
y soy tu paje rubio, mi castellana,
y cuando en los espacios la noche cierra,
el fuego de tu estancia los muebles dora,
y los dos nos miramos y sonreímos

¡mientras que el viento afuera suspira y llora!

.....

¡Cómo tendéis las alas, ensueños vanos,
cuando sobre las teclas vuelan sus manos!

ARS

El verso es un vaso santo; ¡poned en él tan sólo,
un pensamiento puro,
en cuyo fondo bullan hirvientes las imágenes!,
¡como burbujas de oro de un viejo vino oscuro!

Allí verted las flores que en la continua lucha
ajó del mundo el frío,
recuerdos deliciosos de tiempos que no vuelven,
y nardos empapados de gotas de rocío.
Para que la existencia mísera se embalsame
cual de una esencia ignota,
quemándose en el fuego del alma enternecida,
de aquel supremo bálsamo basta una sola gota.

LA VENTANA

*Oh! temps évanouis! Oh! splendeurs éclipsées!
Oh! soleils descendus derrière l'horizon!*

VICTOR HUGO

Al frente de un balcón, blanco y dorado,
obra de nuestro siglo diez y nueve,
hay en la estrecha calle una muy vieja
ventana colonial. Bendita rama
adorna la gran reja
de barrotes de hierro colosales,
que tiene en lo más alto un monograma
hecho de incomprensibles iniciales.

A la lumbre postrera
del sol en Occidente, ¿quién no espera
mirar allí, sombría,
medio perdida en la rizada gola,
la cabeza severa
del algún oidor, a los oscuros ojos

de una dama española
de nacarada tez y labios rojos,
que al venir de la hermosa Andalucía
a la colonia nueva
el germen de letal melancolía
por el recuerdo de la patria lleva?
¡Pero no, ni las sombras le han quedado
de los que vio perderse en el pasado!
Loca turba infantil la invade ahora;
uno ríe, otro llora;
a la palma bendita
la niña arranca retejida rama,
y mientras uno al compañero llama
con incansable afán, el otro grita.
No guarda su memoria
de la ventana vetusta historia,
y sólo en ella fija
la atención el poeta
para quien tienen una voz secreta
los líquenes grasosos

que, al nacer en la estatua alabastrina,
del beso de los siglos son señales,
y a quien narran poemas misteriosos
las sombras de las viejas catedrales,
hoy hace más de un siglo, ha muchos años,
ella escuchó la cántiga española
que tristes desengaños
o desventuras amorosas narra
de la alta noche en la quietud serena,
acompañada en la gentil guitarra
por noble caballero,
a quien tornara con la estrofa grata
el recuerdo de alegre serenata
dada en la aristocrática Sevilla,
cabe el Guadalquivir, do en claras noches
la calada Giralda se retrata
y la luz de la luna limpia brilla.

La brisa, dulce y leve
como las vagas formas del deseo,

llevó al pasar los barrotes duros
aroma de azahares y de lirios
en las risueñas fiestas de himeneo;
juramentos de amor, santos y puros;
de mortuorios cirios
el triste olor; las plácidas historias
con que la noble abuela
a rubio nieto adormeció en la cuna,
y la oración que hacia los cielos vuela
suave como los rayos de la luna.
Inútil, allí, a solas,
ella miró pasar generaciones
como pasan, con raudo movimiento
sobre la playa las marinas olas,
en la sombra los coros de visiones
y las aristas leves en el viento;
¡y ora mira la turba de los niños
de risueñas mejillas sonrosadas,
que al asomar tras de la fuerte reja

sonriente semeja
un ramo de camelias encarnadas!

¡Ay! todo pasará: niñez risueña,
juventud sonriente,
edad viril que en el futuro sueña,
vejez llena de afán.

.....

... Tal vez mañana
cuando de aquellos niños queden sólo
las ignotas y viejas sepulturas,
aun tenga el mismo sitio la ventana.

MIDNIGHT DREAMS

Anoche, estando solo y ya medio dormido,
mis sueños de otras épocas se me han aparecido.

Los sueños de esperanzas, de glorias, de alegrías
y de felicidades que nunca han sido mías,

se fueron acercando en lentas procesiones
y de la alcoba oscura poblaron los rincones.

Hubo un silencio grave en todo el aposento
y en el reloj la péndola detúvose al momento.

La fragancia indecisa de un olor olvidado,
llegó como un fantasma y me habló del pasado.

Vi caras que la tumba desde hace tiempo esconde.
Y oí voces oídas ya no recuerdo dónde.

.....

Los sueños se acercaron y me vieron dormido,
se fueron alejando, sin hacerme ruido

¡y sin pisar los hilos sedosos de la alfombra.
y fueron deshaciéndose y hundiéndose en la sombra!

ESTRELLAS FIJAS

Cuando ya de la vida
el alma tenga, con el cuerpo, rota,
y duerma en el sepulcro
esa noche más larga que las otras,

mis ojos, que en recuerdo
del infinito eterno de las cosas,
guardaron sólo, como de un ensueño,
la tibia luz de tus miradas hondas,
al ir descomponiéndose
entre la oscura fosa,
verán, en lo ignorado de la muerte,
tus ojos... destacándose en la sombras.

LOS MADEROS DE SAN JUAN

¡Aserrín!

¡Aserrán!

Los maderos de San Juan,

piden queso, piden pan,

los de Roque

alfandoque,

los de Rique

alfeñique

¡Los de Trique, trique, tran!

Y en las rodillas duras y firmes de la Abuela,

con movimiento rítmico se balancea el niño

y ambos agitados y trémulos están;

la Abuela se sonríe con maternal cariño

mas cruza por su espíritu como un temor extraño

por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño

los días ignorados del nieto guardarán

Los maderos de San Juan
piden queso, piden pan

¡Triqui, triqui,
triqui, tran!

Esas arrugas hondas recuerdan una historia
de sufrimientos largos y silenciosa angustia
y sus cabellos, blancos, como la nieve, están.
De un gran dolor el sello marcó la frente mustia
y son sus ojos turbios espejos que empañaron
los años, y que, ha tiempos, las formas reflejaron
de cosas y seres que nunca volverán.

Los de Roque, alfandoque
¡Trique, triqui, triqui, tran!

Mañana cuando duerma la Anciana, yerta y muda,
lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra,
donde otros, en la sombra, desde hace tiempo están,
del nieto a la memoria, con grave son que encierra
todo el poema triste de la remota infancia,
cruzando por las sombras del tiempo y la distancia,
¡de aquella voz querida las notas vibrarán!

Los de Rique, alfeñique

¡Triqui, triqui, triqui, tran!

Y en tanto en las rodillas cansadas de la Abuela
con movimiento rítmico se balancea el niño
y ambos conmovidos y trémulos están;
la Abuela se sonríe con maternal cariño
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño
los días ignorados del nieto guardarán.

¡Aserrín!

¡Aserrán!

Los maderos de San Juan,
piden queso, piden pan,
los de Roque
alfandoque,
los de Rique
alfeñique

¡Triqui, triqui, triqui, tran!

¡Triqui, triqui, triqui, tran!

EL ALMA DE LA ROSA

Volvió del rico baile. Está dormida
 en el mullido lecho,
y tal es el silencio de la estancia,
 que no se escucha un eco.

Cerca de ella –en velador tallado
 en cincelada copa–
está con los diamantes de la fiesta
 una marchita rosa.

De repente sus hojas se conmueven,
 y mientras todo calla,
entre el silencio de la oscura noche
 se oye una voz que canta:
“Temblorosa, cubierta de rocío,
 y perfumada y fresca,
tu mano me tomó para llevarme
 a la brillante fiesta.

“Y al regresar de allí sólo traías
mi marchito cadáver,
única huella de mi leve paso
por este triste valle.
¡Adiós, jardín querido! ¡Adiós, hermanas!
¡Murmullos de los vientos!
¡Adiós, tardes doradas! ¡Adiós, vida!
Por adorarte he muerto.
“Sobre el tul perfumado del vestido,
cerca del níveo pecho,
donde van de los ojos de los hombres
a posarse los besos,
“expiré, poco ha, sin que vertieran
tus ojos una lágrima.
¡Más cuántos no querrán morir así,
sobre tu pecho, ingrata!”

RONDA

Poeta, di paso
los furtivos besos...

.....
La ronda... Los recuerdos... La luna no vertía
allí ni un solo rayo, temblabas y eras mía
el aire estaba tibio bajo el follaje espeso.

Una errante luciérnaga alumbró nuestro beso...
El contacto amoroso de tus labios de seda...
La selva oscura y mística fue la alcoba sombría
el musgo, en ese sitio tiene olor de reseda

.....
filtró luz por las ramas cual si llegara el día
la luna entre las pálidas nieblas aparecía

Poeta, di paso
los íntimos besos...

¿De las noches más dulces te acuerdas, todavía?
En señorial alcoba, do la tapicería
amortiguaba el ruido con sus hilos espesos,
desnuda tú en mis brazos, fueron míos tus besos,
tu cuerpo de veinte años sobre la roja seda,
tus cabellos dorados y tu melancolía
tus caricias de virgen y tu olor de reseda...

.....
Apenas alumbraba la lámpara sombría
las desteñidas sedas de la tapicería.

Poeta, di paso
el último beso...

De la trágica noche me acuerdo todavía
el ataúd heráldico en el salón yacía,
fatigado mi cuerpo por vigiliass y excesos
oí, como a distancia, los monótonos rezos,
tú, mustia, yerta y rígida entre la negra seda,
la llama de los cirios temblaba y se movía,

perfumaba la atmósfera un olor de reseda...
un crucifijo pálido, los brazos extendía,
y estaba helada y cárdena tu boca que fue mía.

Poeta, a las sombras
temblando me vuelvo.

CREPÚSCULO

*Tableau misterieux que la
vue offre à la pensée*
(CHARLES NODIER)

Es la hora del misterio en que el labriego
Al resonar del Angelus el toque
Adiós que dice al moribundo día,
La campanada bronca,
En su casita blanca, a lento paso
Humilde se recoge.

Es la hora en que las nubes del poniente
De fuego orlan las tardes,
En que el sol de los muertos ilumina
Los prados y los bosques,
Y el ángel de la tarde a Dios conduce
Las mudas oraciones,
Es la hora en que levantan de los lagos

Las nieblas sin colores,
Como del fondo oscuro del espíritu

Los coros de visiones
En que en feéricos cuentos invocados
O en relatos informes
Tornan a las estancias de los niños
Los duendes protectores,

Es la hora de dulcísimo armonía
Y de místicas voces,
En que al través de nieblas y de brumas,
Ansiosa el alma torna
A los felices días de la infancia
Que pasaron veloces,
Es la hora en que la brisa entre los árboles
tiene vagos rumores,
es la hora en que la vida se adormece
Al beso de la noche

NOCTURNO

Oh dulce niña pálida, que como un montón de oro
de tu inocencia cándida conservas el tesoro;
a quien los más audaces, en locos devaneos,
jamás se han acercado con carnales deseos;
tú, que adivinar dejas inocencias extrañas
en tus ojos velados por sedosas pestañas,
y en cuyos dulces labios –abiertos sólo al rezo–
jamás se habrá posado ni la sombra de un beso...
Dime quedo, en secreto, al oído, muy paso,
con esa voz que tiene suavidades de raso:
si entrevieras dormida a aquel con quien tú sueñas,
tras las horas de baile rápidas y risueñas,
y sintieras sus labios anidarse en tu boca
y recorrer tu cuerpo y en su lascivia loca
besar todos sus pliegues de tibio aroma llenos
y las rígidas puntas rosadas de tu senos;
si en los locos, ardientes y profundos abrazos

agonizar soñarás de placer en sus brazos,
por aquel de quien eres todas las alegrías,
¡oh dulce niña pálida!, dí, ¿te resistirías?

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA. Bogotá, 27 de noviembre de 1865. En 1882 publica su traducción “Las golondrinas” de PIERRE-JEAN DE BÉRANGER en el Papel Periódico ilustrado de Alberto Urdaneta. Luego le siguen sus versiones de “Imitación” de MAURICE DE GUÉRIN y de “Realidad” de VICTOR HUGO. Los primeros poemas de SILVA, escritos entre 1880 y 1886, fueron los de su cuaderno *Intimidades*, publicado en 1977, por el Instituto Caro y Cuervo (edición, prólogo y estudio preliminar de HÉCTOR H. ORJUELA). En 1886, en la lira nueva, aparecen ocho poemas del futuro autor de “Nocturno”. En 1885, de veinte años, viaja a Europa, un año más tarde regresa a Colombia y conoce a BALDOMERO SANÍN CANO de quien se hace amigo y confidente, SANÍN CANO relata así el comienzo de esa relación: “Le conocí, diré más que le escuché por vez primera, en dos horas de admiración silenciosa, una noche de las postrimerías melancólicas de 1886, llegaba SILVA de Europa. Su inteligencia había recibido en uno o dos años de permanencia en París, Londres, Suiza, todas las influencias de que era susceptible una sensibilidad refinada y riquísima y una capacidad receptiva de alcances ilimitados. [...] De SILVA recibí la iniciación en las corrientes literarias de la época, STENDHAL, FLAUBERT, LOS GONCOURT, ZOLA, me fueron conocidos en volúmenes graciosamente encuadernados que él trajera de París”. En la madrugada del 23 de mayo de 1896, cinco años después del fallecimiento de su hermana ELVIRA, a quién “amaba con ternura infinita y admiraba su portentosa belleza con sentimiento de artista” según JUAN EVANGELISTA MANRIQUE, tomó la decisión de suicidarse, de un certero disparo en el corazón.

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1.

Postal de viaje, Luz Mary Giraldo

2.

Puerto calcinado, Andrea Cote

3.

Antología personal, Fernando Charry Lara

4.

Amantes y Si mañana despierto, Jorge Gaitán Durán

5.

Los poemas de la ofensa, Jaime Jaramillo Escobar

6.

Antología, María Mercedes Carranza

7.

Morada al sur, Aurelio Arturo

8.

Ciudadano de la noche, Juan Manuel Roca

9.

Antología, Eduardo Cote Lamus

10.

Orillas como mares, Martha L. Canfield

11.

Antología poética, José Asunción Silva



Editado por el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en febrero de 2005

Se compuso en caracteres Garamond de 10 puntos
y se imprimió sobre papel periódico de 48.8 gramos,
con un tiraje de 13.500 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Post tenebras spero lucem

